 Tiempo de lectura: 2 min.

Un hombre tenía cuatro hijos. Quería que sus hijos aprendieran a no juzgar las cosas con rapidez. Por ello, invitó a cada uno de ellos a hacer un viaje para ver un árbol que estaba plantado en un lugar lejano. Los envió de uno en uno, con tres meses de diferencia. Los niños obedecieron.
Cuando regresó el último, los reunió y les pidió que describieran lo que habían visto.
El primer hijo dijo que el árbol era feo, retorcido y doblado.
El segundo hijo dijo, sin embargo, que el árbol estaba cubierto de brotes verdes y prometía vida.
El tercer hijo no estuvo de acuerdo; dijo que estaba cubierto de flores, que olían tan dulcemente y eran tan hermosas que dijo que eran lo más bello que había visto en su vida.
El último hijo discrepó con todos los demás; dijo que el árbol estaba lleno de frutos, vida y abundancia.
El hombre explicó entonces a sus hijos que todas las respuestas eran correctas ya que cada uno sólo había visto una estación de la vida del árbol.
Dijo que no se puede juzgar a un árbol, o a una persona, por una sola estación, y que su esencia, el placer, la alegría y el amor que se desprenden de esas vidas sólo pueden medirse al final, cuando todas las estaciones están completas.

Cuando la primavera se van todas las flores mueren, pero cuando vuelve sonríen felices. En mis ojos todo pasa, en mi cabeza todo se vuelve blanco.
Pero nunca debe creer que en plena primavera todas las flores mueren porque, justo anoche, florecía una rama de melocotón.
(anónimo de Vietnam)

No dejes que el dolor de una estación destruya la alegría de lo que vendrá después. No juzgue su vida en una estación difícil. Persevera a través de las dificultades, ¡y seguramente vendrán tiempos mejores cuando menos se lo espere! Viva cada una de sus estaciones con alegría y con el poder de la esperanza.